

## Manuela de Escalante

Todo nace, crece y muere en la naturaleza; y lo que nace y muere sin acabar de crecer, es una excepción de la regla y por lo común una desgracia. La señorita Manuela de Escalante nació al mundo a la manera de la flor que el cierzo troncha y deshace no bien abierto el cáliz. Joven, graciosa, ilustrada; cayó de muerte herida por la parca. ¡Ah! si fuera dable al hombre vengarse del destino cruel, los manes de la víctima quedarían pronto aplacados. Mas respetemos los decretos inescrutables de la Providencia, la cual es más sabia en sus designios que nosotros somos culpables en querer interpretarlos.

Nacida de una familia ilustre y respetable, quiso también serlo por su mérito, como el más seguro título de merecer la estimación de los contemporáneos y la gloria de la inmortalidad. Consagrada al estudio después de la educación de la puericia, devoró libros y panfletos sin elección y sin pausa, y adquirió conocimientos variados y profundos; más la historia y la literatura fueron en los últimos tiempos su estudio favorito. En 40 volúmenes de la primera leyó lo que habían narrado en

Grecia desde Herodoto hasta Plutarco, lo que narraron en Roma desde Titolivio a Tácito y lo que han narrado después los historiadores ulteriores, desde la irrupción de los bárbaros hasta la época presente.

Culta en el habla, como en sus modales y acciones, estudió todos los puntos controvertidos de la lengua materna y los utilizó en la francesa, que también cultivaba con esmero. Amante rígida de la verdad estudió el arte de hallarla fácilmente en tres diversos cursos de lógica moderna. Investigadora profunda de los fenómenos del pensamiento, arrojó la metafísica de Tracy<sup>1</sup> y estudió su ideología. Avida en fin de conocimientos, y dotada de un gusto delicado, se lanzó al florido campo de la literatura y saboreó los principios elementales de las ciencias de los cuadros ingeniosos de Duval<sup>2</sup>. La geología, especialmente, la estimulaba a raciocinar, y a veces con enfado.

“Esta ciencia nueva, decía ella, destruye todas las creencias; más yo tengo para mí, que no es dado al hombre exceder los límites de su inteligencia, pues parece que la Providencia ha querido cubrir sus obras con un velo impenetrable. Todas son teorías, más o menos ingeniosas, las cuales se suceden unas a otras como las olas de la mar. Así pasemos a otros estudios que me instruyen y deleitan, y dejemos los que me enseñan a dudar y me hastían”.

Con efecto, dedicaba cinco horas del día a la lectura de Tácito y dos o tres de la noche a su curso de literatura. Entusiasmada con Tácito exclamaba:

“Este es el escritor más profundo de todos los siglos y el que más conoció el corazón humano. Dudo que los modernos puedan exceder a los antiguos en ingenio y sublimidad, aunque los aventajen en delicadeza y corrección”.

Dotada de una memoria feliz, se complacía en recitar las numerosas definiciones de su vasto curso de literatura, lo que era un prodigio sorprendente. También se complacía en recitar las llamadas figuras de retórica, desde la antítesis hasta la prolepsis y desde el apóstrofe hasta la personificación. Por último se complacía en recitar los mejores versos (que se cantaban en sus labios) del parnaso español, y señaladamente las églogas de Garcilaso, las odas del maestro León, las canciones de Herrera y la epístola moral de Rioja<sup>3</sup>.

Dotada igualmente de ingenio y fantasía se deleitaba en discurrir sobre la belleza y sublimidad de los objetos externos de la naturaleza y muy especialmente sobre la belleza del movimiento y de la figura, del rostro humano y de los colores. La de las escenas campestres, que tanto se adaptaba a su carácter melancólico, producía en su alma sensaciones dulces y risueñas. Un arroyuelo manso y cristalino, corriendo blandamente dentro de sus márgenes, al través de una pradera esmaltada de flores, adormía su corazón con sosiego, más que le conmovía y elevaba el impetuoso y rápido torrente que se desborda y arrastra todo cuanto encuentra.

Dotada, en fin, de un discernimiento agudo percibía en el análisis de los mejores escritos los lunares más imperceptibles y las be-

llezas más ocultas. De aquí provenía que su estilo era claro y lógico, puro y propio, natural y conciso.<sup>4</sup>

Literata sin nombre, y quizá más digna de él que algunas que le usurpan en Europa, ocultaba en su modestia el saber que tantos desvelos le costaba, como la perla oculta en su concha el mérito que la distingue. Así, consagrada a una ocupación, acaso poco digna de ella, para ganar la subsistencia por medio de una industria honesta, procuraba que sus estudios pasasen desapercibidos y jamás promovía conversaciones eruditas. Igual regla de conducta observaba en sus beneficios para con los menesterosos, pues ocultaba a las personas de su mayor confianza que, excediéndose de sus facultades, daba hasta sus propios vestidos cuando no tenía otra cosa que ofrecer a la persona desvalida.

Non ignara mali, miseris succurrere disco. 5

Y como supe ya lo que son males,  
amparar sé también al infelice.

Virgilio.

Amante de su familia, como de sus semejantes, el dolor profundo que la causó la pérdida de un hermano querido<sup>6</sup>, engendró el mal que dos años después la ha llevado a la tumba en los seis primeros lustros de su vida. Laboriosa, económica, hábil, todo lo hacía por sus manos delicadas. Virtuosa sin hipocresía e ilustrada sin orgullo, fue hija respetuosa, hermana apasionada y amiga muy sincera. Creyó en las verdades eternas del cristianismo católico y se compadecía de aquellos que menospreciando la creencia de sus padres,

se privaban de los dulces consuelos de una religión que reposa en la moral sublime del Evangelio. Así, en la agonía prolongada de su muerte mostró la resignación del justo y desplegó un valor propio de los héroes. Rodeada de su digna familia y asistida de sus hermanas, miró al cielo, se despidió de la tierra y exhaló el último suspiro. Difícilmente pueden hallarse reunidas tantas virtudes domésticas, tanto saber y cultura, tantas calidades del espíritu, tantas gracias y atractivos.

San José, Mayo 25 de 1849.

En El Costarricense. Año 3. No.26,  
pp. 202-203. Mayo 26 de 1849.